

CINCO Y CUARTO PARA EL JEFE

Quité gas, cerré el contacto y lentamente fui ganando la entrada de la inmensa estación de servicio. Estaba solitaria, relucientes los metales de sus barras, con los centinelas de los postes de aceite y gasolina montando su encarnada guardia. Unos carteles de motorismo me guiñaban sus multicolores ojos. Levanté mis gafas y aspiré una bocanada de aire fresco ligeramente apesoso. Me encontraba muy en ambiente: cuando saliera el encargado de turno, yo, con mi mejor voz y no menos loable afán de sociabilidad diría:

—Buenos días. ¿Tendría la bondad de reponerme combustible?

—Si, señor, — diría el encargado. Y llamando a un mozo ordenaría:

—Cinco y cuarto para el caballero.

Después, rellenado el depósito, un servidor pagaría, me devolverían el cambio diciéndome «gracias», a lo cual yo respondería que de nada, me limpiarían un poco la superficie del depósito, y, deseándome ellos buen viaje y yo buen quedar, seguiría yo con mi camino y ellos con su buena ventura.

Siempre he sido partidario de las buenas formas. Cuando se ha tratado de servir al público, no he considerado desdoro alguno el comportarme como si el requerimiento de mis servicios fuera un favor que el público me hacía a mí, y por consiguiente he esperado con cierta ilusión que, al constituirme yo en cliente, recibiría trato idéntico.

Así, saludé con mi mejor sonrisa la aparición del mocetón que salió de una encristalada cabina, llevando en la mano una revista ilustrada, en la que llamaban una serie de modelos playeros femeninos, percha incluida.

El mocetón, alto y guapo, mascando chicle, se acercó con lento contoneo, y, dándome una ladeada mirada, mascullo:

—¿Qué le ponemos, jefe?

Quedamente, mi sonrisa se esfumó bajo el bigote, me cayeron los hombros un tanto, y permanecí sin nada decir durante unos instantes. Cuando iba a balbucear no sé qué, el vaquero en cuestión añadió, condescendiente:

—¿Cinco y cuarto?

Y, sin esperar respuesta comenzó a llenarme el depósito.

Pensé que debía decir algo, hablar del tiempo, del motor, de la guerra de turno, pero me sentí incapaz de articular palabra. Aquél joven, apuesto como un galán de los que las pegan, me había llamado «jefe». Muy amable, pero algo dentro de mí rechazaba indignado el apelativo.

Imaginé que, de haber sido yo una mujer, el joven de la estación me habría

motejado de «guapa» o de «chata», de todo menos de «señora» o de «señorita». O sea, que había descubierto su motivación: para no tratarme de «señor» o de «caballero», me había llamado «jefe». Mientras le alargaba el dinero pensé rápidamente: 1.º que yo no era jefe de nada, siempre he sido un empleado; 2.º el apelativo «jefe» presuponía circunstancia tribal o criminal, pues sólo los pieles rojas y los «gangsters» motejan así a sus superiores. 3.º al joven de turno yo no le conocía de nada, y por

En Francia me llamó la atención el sistema debroulliére. Esto, me dijeron quiere decir, más o menos, «apáñate-las,» «arréglatelas por tí mismo».

Cuando la vida se complica y el remendón pide un ojo de la cara para arreglar unas medias suelas, el «bricoleur» reacciona comprándose una horma, martillo, clavos y el resto del instrumental, y arregla sus zapatos y los de su familia. Si el barbero se desmanda, «le bon père de famille» se afeitó en casa y esquila a sus hijos.

El sistema debroulliére en Francia se ha llevado a sus últimas consecuencias. Se publica con gran éxito un almanaque mensual en el que se relacionan abundantes consejos para salir adelante ante cualquier dificultad. Allí se explica como construir una jaula para conejos, o un patinete para el nene o un corsé para la madame. Hay explicaciones notables y algunas otras que recuerdan ostensiblemente los grandes inventos del T.B.O. ¿Faltará decir que el francés medio dedica gran parte de sus horas libres al arreglo de todas estas minucias de carácter doméstico?

No creo que tarde muchos años en introducirse en nuestro país el sistema debroulliére. Vivimos en plena etapa de inflación en lo que se refiere a las facturas de los trabajadores más o menos autónomos.

El afilador dice:

— Cortarme el pelo me ha costado diez pesetas; bien, de afilar una navaja cobraré a 4 pesetas.

Pero no sólo se las hace pagar al barbero sino que también al carní-cero, al Gestor Administrativo y a la mujer que nos lava la ropa.

Con lo cual la lavandera dice.... Y lo dice el Gestor... Y lo van diciendo unos y otros mientras el precio de todos los servicios va subiendo en espiral; como el remolino de los vientos

consiguiente no veía el derecho que podía arrogarse de llamarme de aquel modo familiar y un tanto desdeñoso.

Cuando comenzaban a subírseme las sangres a la cabeza, vi su mano tendida ante mí, con la vuelta. Lo recogí mudamente y puse de nuevo el motor en marcha. El joven levantó un tanto los hombros y se cambió el chicle de carrillo.

El jefe puso primera, luego segundo luego directa y se alejó.

Esto se lo cuento a ustedes para que vean como un palurdo debe tratar hoy en día a un desconocido usuario... y para que vean una vez más cuán mellado está el filo de la dignidad de los usuarios.

J. V. A.

El Sistema Debroulliére

desatados.

La etapa actual está representada por esta espiral ascendente y, al parecer, incontenible. En esta etapa se pueden apreciar a ambos lados del camino, una serie de parias marchitos y balbucientes que son los que no pueden ponerle un precio a sus servicios o a sus productos, porque están en el mal platillo de la balanza de la oferta y la demanda o porque para ellos no existe la libertad de obrar, aunque sea gremialmente, a su antojo.

Estos parias, marchitos y balbucientes, si tienen la suerte de no morir-se de pena o de miseria o de ambas cosas a la vez, serán los primeros que se arrojen ante las úbres del sistema debroulliére. Y luego seguirán los otros, porque cuando las determinaciones se toman según los acordes del egoísmo, con desprecio de las más elementales normas de la convivencia, sólo con el egoísmo hay que contar y éste destruye todo lo que contamina.

Cuando advenga esta liberación algunos se tirarán de los pelos, pero la inmensa mayoría nos divertiremos mucho.

Yo también, aunque esto suponga desandar el camino en dirección hacia el hombre de las cavernas.

* * *

Advertirá el consciente lector que la extrema difusión del sistema debroulliére por el vecino país significa, más o menos, que en su sistema económico o profesional existen fallos de gran relieve. Si entre nosotros llegara esta situación ha de suponernos un retroceso en amplios aspectos de la vida, obsérvese como en Francia el «bricoleur» es un personaje muy popular; y tan numeroso que permite la existencia de revistas especializadas. La consecuencia salta a la vista.

Antonio Miralles Manresa